

¿Qué pasó en Albania?

Juan Antonio Isla Estrada

- El último país que se mantuvo leal a sus principios comunistas es hoy el segundo país más pobre de Europa y que, luego de una huida masiva de su población provocada por la enorme insurrección popular, recibe al presidente norteamericano con un júbilo tal como si se tratara del mismo Mesías.

A finales de la década de los años setenta, por razones de trabajo tuve oportunidad de tratar a funcionarios de la embajada de Albania en México. La plantilla diplomática de esa representación en nuestro país no pasaba de tres o cuatro personas: el chofer era el ministro de asuntos comerciales y los cocineros de la cancillería que durante la noche servían ricos platillos preparados por ellos mismos, en el día se desempeñaban en labores burocráticas en la propia sede diplomática. El embajador y su esposa eran personas sumamente amables y hospitalarias. Su residencia en Polanco era una de esas típicas casonas de una horrenda arquitectura colonial que tanto se puso de moda desde los años cuarentas entre la clase rica.

En más de alguna ocasión estuvimos en dicha mansión en donde los diplomáticos nos prodigaban obsequios y toda clase de piscochis (aceitunas, hojas de parra, panecillos con jocoque, etc.) que parecían más bien bocadillos de origen griego y árabe. Es que la comida albanesa recibe muchas influencias de las costumbres culinarias de la región de los Balcanes, si bien también dispone de cierto repertorio de gastronomía local.

La situación geográfica de los países que conforman esta región hace que la mayoría de sus platillos estén basados en la famosa dieta mediterránea. Recuerdo especialmente el pastel vegetal albano llamado *burek*, que contenía un pan especial de hojaldre, espinacas, carne picada y queso. En los aniversarios de la independencia albanesa yo era el encargado de vaciar la charola de 'burek'. Cabe decir que además de la influencia gastronómica que los países próximos ejercen sobre Albania, la influencia turca también se refleja intensamente en su cocina. De los países turcos, se consume el típico *kebab* y el *romstek*, una especie de empanada rellena de carne.

El brindis posterior a la comilona era con un aguardiente de un sabor fuerte (Raki) y al personal diplomático le gustaba chocar las copas de manera insistente hasta que las pequeñas botellas (que ellos equiparaban al cognac) se vaciaban una y otra vez. Bajo los influjos de aquella bebida (que a mi me parecía horrible) y luego de exclamar reiteradamente en cada golpe de los cristales la palabra *¡gëzuar!* (que yo quería pensar que significaba ¡salud!) los diplomáticos albaneses empezaban a hacer toda clase de loas al camarada Enver Hoxha quien desde hacía más de cuatro décadas gobernaba a ese pequeño país mediterráneo del sudeste de Europa.

Años más tarde no enteramos de la muerte de Hoxha (1985) y que Ramiz Alia había tomado su lugar. Hubo cambios en la representación de Albania en México y no volvimos a saber nada de ese personal gentil y espontáneo que nos derrochaba todo género de atenciones. Por los medios nos fuimos enterando de los grandes cambios en la Europa del Este que no podían permitir que este pequeño país (a 50 kilómetros del tacón de la bota italiana) quedara ajeno a las nuevas políticas de la Glasnot y la Perestroika, que significaron la muerte del régimen comunista.

Al término de la 'guerra fría' los Estados Unidos presionaron a lo que quedaba de Lenin en los países del Este. Nicolae Ceaușescu (líder comunista de Rumanía) fue ejecutado en una revolución. Al ver la cabeza de su vecino rodar Ramiz Alia firmó el Acuerdo de Helsinki, por el que se comprometía a modificar la legislación. Como consecuencia de ello fueron convocadas elecciones pluripartidistas, que ganó el Partido Demócrata en 1992 con el 62% de los votos.

En las elecciones generales de junio de 1996, el Partido Demócrata intentó ganar con la mayoría absoluta y manipuló los resultados. El fraude impactó al gobierno y a la sociedad entera. Se puede decir que dos fraudes ocasionaron que los disturbios comenzaran. El electoral y la llamada “crisis de las pirámides”. El detonante de la rebelión popular obedeció más a la quiebra de un conjunto de financieras ligadas al gobierno, que se sostuvieron sobre la base de ‘*esquemas piramidales*’, donde los depósitos de los nuevos inversores servían para pagar los intereses de los anteriores hasta que la ‘*cadena*’ se quebró.

Durante tres años las financieras captaron los ahorros de la población con la promesa de grandes intereses, en una magnitud tal que los organismos financieros internacionales estiman que los fondos podrían haber atraído mil millones de dólares, equivalentes a más del 30 % del producto interno bruto. Mucha gente vendió sus casas, tierra o ganado para invertir en fondos que prometían devolver el doble de su dinero en dos o tres meses.

La insurrección fue incontenible. La guerra y los cientos de miles de albaneses que huyeron constituyen un episodio de pesadilla para este pequeño país, considerado como el país más pobre de Europa, luego de Moldavia, con una población de 3.600.000 habitantes, siendo que la mayoría de su población activa se dedica a la agricultura.

Los arsenales militares habían sido tomados sin resistencia alguna, las armas habían sido repartidas entre los trabajadores y la población empobrecida, merced a los Comités de Salvación, electos por el pueblo en asambleas en las plazas públicas, que gobernaban en las ciudades más importantes. Los municipios, los bancos, las estaciones de policía y las mansiones de los privilegiados del régimen habían sido ocupadas y destruidas por los insurrectos. La policía y los funcionarios habían desaparecido. Armados con cuchillos y palos, los rebeldes habían asaltado los cuarteles militares y los centros de la odiada policía secreta y muchos de los sospechosos de pertenecer a ésta habían sido fusilados sin previo juicio.

Esta enorme insurrección popular ha sido ocultada y deformada a niveles ignominiosos. En medio de la guerra, la precariedad económica y el hambre cientos de miles de albaneses huyeron. Durante la década anterior nos cansamos de ver imágenes de albaneses arribando en embarcaciones a Brindisi, Italia, y luego huyendo a la región de Kosovo, provincia étnicamente dividida después de seis años bajo la administración de Naciones Unidas.

En Kosovo viven cientos de miles de albaneses en condiciones de hacinamiento y hambre. Albania lucha por la independencia de Kosovo y el gobierno norteamericano apoya la iniciativa. Tal vez por ello los albaneses recibieron con júbilo al presidente norteamericano George W. Bush hace unos días. Es difícil explicar que Albania, uno de los últimos países que se mantuvieron firmes en su basamento comunista luego de la caída del muro de Berlín y del desplome de las ideologías, haya sufrido un giro de 360 grados que explique esa bienvenida al mandatario estadounidense. Fue tal el entusiasmo de la población que Bush se animó a romper el protocolo y saludó a la multitud hasta perder su reloj de pulsera. Poco le importó al norteamericano. Darse un baño de pueblo fue un lujo para él que en todas partes donde se para es repudiado. Lo que pasó en Albania es algo más grave y profundo que lo que aquí pueda haber descrito éste cronista que recuerda con nostalgia los días en que nuestros amigos albaneses nos ofrecían las enormes aceitunas oscuras nadando en el jugo de los olivos mediterráneos y aquellos deliciosos pastelillos de espinaca.

<http://www.RadioAyohui.com>